

EL IMPERIO DE LAS TAIFAS

Vicente Adelantado Soriano

“La cosa pública es lo que pertenece al pueblo, pero el pueblo no es todo conjunto de hombres reunido de cualquier manera, sino el conjunto de una multitud asociada por un mismo derecho, que sirve a todos por igual.”

M. Tulio Cicerón, *La república*.

I

Políticamente incorrecto

“Con la concordia, aun lo más pequeño se aúna; con la discordia, aún lo más grande se dispersa.”

Juan Luis Vives, *Introducción a la sabiduría*.

Han pasado ya unos cuantos años desde que en este país disfrutamos de las autonomías, y desde que cada una, en su territorio, defiende y estudia su propia lengua y su propia identidad, negando, demasiado a menudo, la del vecino. A estas alturas, con tanto autoconocimiento, ya deben haber alcanzado todas la famosa sabiduría délfica. No en vano han pasado ya bastantes años desde que se decretó el estado de las autonomías. Decreto que, en aquellos lejanos momentos, pareció lo más lógico y conveniente, incluso lo más revolucionario y provechoso para el ciudadano medio.

Hace ya muchos años también, tal vez desde el inicio de este nuevo estado, se abrió un debate que debía contestar a unas cuantas preguntas clave: ¿Para qué sirve tanto gobierno autónomo? ¿Qué provecho se deriva para el ciudadano medio de tanto presidente, vicepresidente, consejero, *conseller*, o como se los quiera designar o nombrar?

La respuesta de entonces, absurda, sentimental, como lo es todo nacionalismo, fue que la autonomía aproximaba la administración al ciudadano. Se espantaba, así, de una vez por todas, el famoso “vuelva usted mañana”. Amén de la buena nueva de que cada autonomía del país

administraría sus propios dineros. Entonces no se hablaba de solidaridad, sino de que el estado central se quedaba aquello que ahora se iba a emplear en casa.

No hace falta decir, a estas alturas, que todo eran engaños y falsedades: ni la administración está más cercana al ciudadano con las autonomías, ni el dinero se administra mejor. Por supuesto el que un funcionario le hable al ciudadano en la lengua de su pueblo, no supone que la administración sea más eficaz, ni que los problemas se vayan a resolver con más rapidez. Ni se ha terminado con el famoso "vuelva usted mañana". No obstante, decir esto en los años en los que se aprobaron las autonomías era faltar a lo políticamente correcto y buscarse innecesarios enemigos. Pero afirmar, por otra parte, que a alguien se le ha quedado algún asunto por resolver porque un funcionario no sepa la lengua de su pueblo, es pedir, a quien lo oye, la fe del carbonero. Amén de jugar con el necio y falso sentimentalismo de siempre: la persona mayor que llega a la ventanilla y no sabe expresarse en la lengua del Imperio. ¿Y el problema, en ese caso, se queda por resolver? Igualmente, el pobre hombre podía ir al médico, y no entenderlo éste por no haber estudiado la lengua del país. Demencial.

La vieja y eterna solución: cuando no hay razones se recurre al vacío y burdo sentimentalismo o a la violencia. Una violencia despiadada y necia consiste en constreñir a una persona al pueblo en el que tuvo la suerte o la desgracia de nacer. Pues difícil es opositar en una autonomía con lengua propia a menos que se estudie y conozca ésta. Un médico, por lo tanto, será bueno por las lenguas que hable, no por los conocimientos que tenga de su materia. Y así se han mezclado diversas situaciones y problemas de forma tan enmarañada como absurda y rentable para el poder.

II

Falsos problemas de conciencia

“Dice Platón, con razón, que cada forma de estado lleva consigo la formación de un determinado tipo de hombre, y lo mismo él que Aristóteles exigen de la educación del estado perfecto que imprima en todos el sello de su espíritu.”

Werner Jaeger, *Paideia*.

Hemos llegado a un punto en el cual se está haciendo bueno aquel famoso refrán de que los extremos se tocan. Si en el estado anterior al de las autonomías, el del gobierno central, se dijeron muchas falsedades para justificar una dictadura, no menos se están diciendo ahora para justificar una democracia, que no es sino una tiranía, la de la inmensa mayoría, fácilmente manejable cuando se cuenta con los medios de comunicación, y con un sistema educativo tan absurdo como el que nos honra.

A los políticos, y con esta crisis se ha demostrado claramente, no les interesa otra cosa que mantenerse en el poder. Para ello jamás tomarán una medida impopular, o que pueda serlo, y que les pase factura, es decir, que les cueste votos, y, tal vez, hasta perder las elecciones. Esta inoperancia pública supone que no sirven para hacer su trabajo, que, cuanto menos, debería ser el de administrar una nación. Los resultados están bien a vista: nadie sabía nada de cuanto se aproximaba.

Estos políticos, autonómicos o no autonómicos, a fin de mantenerse en su puesto han creado un sistema educativo verdaderamente necio y absurdo: la educación está vacía de contenidos, y los clásicos, cómo no, desterrados de dicho sistema. Quizás por ello todavía no se han enterado de la enorme cantidad de literatura que hay advirtiendo de cómo debe ser un buen gobernante. Bastarán unos cuantos ejemplos:

“El buen príncipe, quando haze las leyes no debe tener respecto en manera alguna a su provecho, ni a la avaricia

*ni ambición de los que cabe sí están, sino sólo el bien de la república."*¹

*"Finalmente, te acuerda que qual tú fueres, tales serán tus súbditos. Trabaja, pues, en ser bueno, si quieres que ellos lo sean."*²

Por supuesto que se podrían centuplicar las citas: no faltan obras, desde la Antigüedad Clásica hasta nuestros días, que se han ocupado de tan importante asunto. Platón y Séneca, sabido es, intentaron hacer compatible la filosofía con el poder. También es sabido de sobra como terminaron ambos: el uno fue vendido como esclavo, y rescatado, y el otro se tuvo que quitar la vida.

Lo mejor ahora, más sutiles que algún emperador romano, es no enseñar nada en escuelas y colegios, publicar libros de consumo, y ocultar los que tienen verdadero interés: un pueblo ignorante es fácilmente gobernable, es decir, manejable.

Los políticos actuales viven para ellos y para sus partidos. Y a fuerza de intentar no herir a nadie para no perder votos, llegan a cambiar la historia, a defender verdaderas necesidades en aras de la convivencia, dicen, cuando en realidad sólo buscan ganar las elecciones una vez más. ¿Qué convivencia hay en negar la historia, en falsearla? ¿Acaso cristianos y musulmanes no anduvieron metidos en una larga guerra en este país? ¿Vamos a negar ahora al Cid por mor de no se sabe qué convivencia o alianza? ¿Acaso fue Almanzor un santo? Y claro que existió la Santa Inquisición. Tanto como los campos de exterminio nazi, aunque no sean comparables, desde luego. ¿Cuál va a ser el siguiente paso, negar a Hernán Cortés para que los mexicanos no se sientan ofendidos por los españoles? ¿Tan duro es aceptar las cosas como fueron? Desde luego no parece lo más adecuado negar a la historia para tratar de vivir en paz los unos con los otros. Tal vez fuera mejor asumirla y procurar ser más tolerantes ahora y en el futuro.

Raramente saldrá la tolerancia del engaño, la falsedad y la mentira. Son otros los derroteros a recorrer.

¹ Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*. Espasa-Calpe, Madrid, 1984, p. 95

² *Ibidem*, p. 177

III Lengua y teatro

“La verdad es de pocos, el engaño es tan común como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con la de la necedad común, por más que la esté desmintiendo su interior.”

Baltasar Gracián. *Oráculo manual y arte de prudencia*.

El estado de las autonomías ha llegado a adquirir tal importancia para quienes lo dirigen que, viendo en él la continuidad de su miserable vida política, por todas partes, inducidos por ellos, todo el mundo buscaba, y aún busca, el famoso hecho diferencial: se puso de moda ser diferente del vecino; casi por obligación había que ser distinto de él: tener otro origen, otros héroes y escritores, y, por supuesto, otra lengua. Eso era lo más importante. La lengua. Así que de pronto, casi de golpe y porrazo, todos los españoles periféricos eran bilingües, pero con una clara vocación monolingüe, pues, ya se ha dicho: se rechazaba cualquier semejanza con el vecino, aunque se admitiera, porque lo oían de vez en cuando, y no por otra cosa, que todas las lenguas provienen del latín. Porque lo oían y porque los romanos sólo existían ya en las películas americanas.

Se creó tal confusión con el pretendido derecho de tener cada uno su propia lengua, que a punto estuvo de cambiarse la historia, pues para justificar que unas formas de hablar no derivaban de otras, o no tenían nada que ver con las vecinas, se tenía que hacer que la invasión árabe se hubiera iniciado por el norte de España, y la reconquista por el sur. Lo cual explica a la perfección que la Alhambra de Granada esté en Granada, y que el románico, arquitectura cristiana por excelencia, se extendiera por el norte. Sólo faltaba demostrar que la Alhambra la hicieron los cristianos, y la catedral de Burgos los árabes. En esta vida todo es cuestión de ponerse.

Los partidos nacionalistas, sentimentales y ramplones, no teniendo otra cosa que ofrecer, intentaron sacar truchas y salmones del río revuelto: enfrentaron a media sociedad contra la otra mitad. Los que no poseían estudios contra los

universitarios, en términos generales. Lo malo de esto es que la confrontación social fue a mayores, pues se supo pulsar la cuerda de la vaciedad, de quien defiende lo que le han dicho que es suyo porque le han vendido que no hay tierra como la suya, y se la quieren secuestrar.

No dejó de ser patético ver mares de banderas de gente que se manifestaba en defensa de algo que ni sabía ni sabe lo que era. Defendían una pretendida lengua en la cual ni habían leído un periódico. Mientras, los políticos, con su brillante armadura de caballeros defensores de viudas y huérfanos, amontonaban votos, cargos, prebendas y prerrogativas. A cambio de nada. Sólo tenían que preocuparse de remover las aguas para que nunca fueran claras y diáfanas. Y perseguir a sus enemigos acallándolos con el miedo al expediente o al ostracismo. Y las aguas permanecieron bien embarradas.

Entre tanto, quienes tenían que haber defendido la verdad, con razones históricas y filológicas, se dedicaban a hacer la cuadratura del círculo: a procurar pacificar a la gente, o a demostrar que eran unos sabios, buscando puntos de unión no gastados ni utilizados por los partidos políticos. Y así, gracias a algunos saltimbanquis y a sus volteretas, lo común, el patrimonio, de una determinada sociedad, ya no era la lengua sino su afición al teatro. Por supuesto que, como hicieron quienes negaban el parentesco de las lenguas, no daban tampoco ni datos ni estadísticas. Se hacía una afirmación tan peregrina como tonta, y sin ninguna nota de ningún tipo. ¿Hay más afición al teatro en una zona de España que en otra? Es posible; pero habrá que ver el número de teatros que tiene, las compañías, los estrenos, la afluencia de público y todo lo demás. Incluso el número de grupos teatrales de aficionados. Y las salas donde representan.

No se pueden hacer afirmaciones ni de este tipo ni del anterior, salvo que se busque un interés, bastardo o no, pero que, desde luego, nada tiene que ver con la administración de un pueblo o territorio, y sí con otras cosas e intereses.

Efectivamente, la verdad de no es de muchos.

IV

Un largo período de negaciones

“Los príncipes soberanos no pueden hacer que los monos sean leones, pueden mandar que llamen leones a los monos.”

Juan de Zabaleta, *Día de fiesta por la tarde*.

Resulta curioso comprobar cómo a un grupo de estudiantes españoles, que se les hable del Descubrimiento de América, se les crea, enseguida, una mala conciencia. Como si tuvieran ellos la culpa de los excesos cometidos allí por los españoles de antaño. Tal vez sea debido a que nunca jamás, en una clase, han oído las varias coincidencias que llevaron a sus antepasados a tan remotas tierras. Y que se aprovecharon de ellas con la misma facilidad con la que los viejos romanos se saciaron del oro de la actual Galicia, o los americanos de las tribus africanas. No se justifican unas matanzas con las otras, desde luego. Pero no podemos negar la historia.

Con el anterior estado, el que no era partidario de las autonomías, se contó que los españoles, haciendo gala de hidalguía y generosidad, fueron a América a llevar una lengua y una religión, que nadie les había pedido. Y gracias a aquellos héroes los indios pueden redimirse y hablar como Dios manda. Por supuesto que era una forma, como otra cualquiera, de negar los hechos.

Nada ha inventado, por lo tanto, el presidente iraní Mahmud cuando se pone, enfático y patético, a borrar el holocausto. Y cuando en otros lugares, para no molestar a nadie, desaparece de los libros de texto esa parte de la II Guerra Mundial. Y si existió, es otra forma de negación, debió de ser algo tan divertido como una película italiana, o como llevar un pijama a rayas en medio de la lluvia. Así se banaliza todo cuanto hace daño, y no se hiere a nadie. ¿Se puede negar, igualmente, la Reconquista y el Califato de Córdoba? No, eso no se niega, pero se reinterpreta.

Es tal el poder que ha alcanzado la periferia, las taifas, que se degrada la lengua de todos por mor, a veces, de un dialecto que han hablado unas pocas personas, y que no tiene ninguna literatura tras de sí. Es tal el peso de los

reyes de taifas que hasta pueden, por más poder, más dinero y más privilegios, decantar los votos de toda una nación. Algo, desde luego, no funciona bien en el sistema.

Y para acabarlo de arreglar, salen nuevas teorías, pretendidamente lingüísticas, que dan saltos malabares, se convierten en verdaderas estupideces, y no son admitidas por nadie. El problema no es filológico, sino político. Más saltos malabares.

Desde hace un tiempo algunos estudiosos están minando la vieja teoría de Menéndez Pidal. Según ésta el castellano, más tarde español, se va imponiendo, en forma de cuña, conforme los ejércitos cristianos van reconquistando la península, que estaba, sin perdón, en manos de los árabes. Ahora, como eso de los ejércitos, la imposición de las lenguas y las armas, suena mal, se dice que el español nace como una lengua franca. Ésta fue creada, y aceptada por todos, para poder entenderse con facilidad dado el enorme mosaico de lenguas que había en la Península allá por el siglo X de nuestra era. Se podía haber escrito, con esto, un jugoso ensayo: *El español y los hombres de buena voluntad*.

Imaginamos que el castellano, o español, será una excepción, y lo será aquí en España, pues se hace cuesta arriba aceptar que también en México, por ejemplo, fuera igualmente una lengua franca. O que lo fuera el latín en la Península Ibérica, en la época de aquel terror de los romanos, es decir Viriato, se enfrentaba contra ellos e inventaba la guerra de guerrillas. Seguramente Numancia también lo aceptó por acuerdo de todos. O tal vez Numancia tampoco existió.

Ni existió la Santa Inquisición, ni las persecuciones antisemitas de 1391. Hay que reescribir la historia a fin de no molestar a nadie.

El león se come al cordero por un pacto entre los dos. O viceversa. Depende de quien ejerza el poder.

V El despilfarro

“En un mundo en que todo lo medimos por el dinero, se ejercen muchas actividades completamente vanas y superfluas, al servicio exclusivamente del lujo y del despilfarro.”

Tomás Moro, *Utopía*.

Siempre que una persona se equivoca, si se da cuenta del error puede rectificar. Dicen que eso es de sabios. Tal vez, por lo tanto, visto lo visto, se debería dar una nueva oportunidad a la gente de acudir a las urnas: quizás ya no considere que las autonomías sean tan efectivas como se prometió hace años, cuando no se sabía muy bien en qué consistía la broma.

No hace falta ningún gobierno autónomo para mantener el estudio de la lengua propia y su cultivo. Ni la cultura de un pueblo se desarrolla mejor porque la administre un indígena. Son cosas totalmente diferentes.

¿Para qué pues estos gobiernos autónomos que no hacen sino gravar los presupuestos de un estado? Y no solamente los gravan, sino que, con una falta total de escrúpulos y de honestidad, los acrecientan con obras faraónicas, y con fiestas, celebraciones y juegos que cuestan un verdadero dineral. Clama al cielo que, encima, tales fastos se realicen en época de crisis, cuando el desempleo está creciendo a unos ritmos alarmantes.

Los políticos, enfrascados en sus megalomanías, en los aplausos de su propia gente, organizan fastos y cuanto se les ocurre sin percatarse de nada, gastando con la alegría de quien es millonario o maneja capital ajeno. ¿No hay nadie que controle tanta desfachatez, tanto y tan absurdo gasto?

Es posible que un desfile cívico, de los gremios y burgueses de la ciudad, tuviera algún sentido en la Edad Media: cuando el Rey, en la entrada real, se mostraba al pueblo, y éste le hacía ostentación de su poder ante el monarca. Pero los reyes con el descubrimiento de América dejaron de necesitar el apoyo y concurso de las ciudades. Era lógico que el poder de éstas decayera.

¿Qué sentido tiene ahora, cuando se habla de redefinir el capitalismo, cuando se está despidiendo a tanta gente de talleres y oficinas, ofrecer un desfile medieval, con gran derroche y despilfarro? Tal vez hacer creer a incautos y amantes de su tierra que todo funciona de maravilla, que la ciudad es rica y poderosa, aunque no invierta nada ni en educación ni en sanidad, que son los primeros grupos en sufrir las crisis. También se puede deber a que en un mundo en el que tanto se valora el dinero, hay que demostrar que se posee en abundancia. ¿Para qué? Sin duda para ganar votos. ¿Y qué sucederá cuando estalle todo, y las aguas vuelvan a su cubil? Más de uno, sin duda, pronunciará entonces el consabido "ahí me las den todas". No cabe más desprecio ni más irresponsabilidad.

Y el pobre ciudadano está constreñido al voto cada cuatro años, y a tener que escoger entre suicidarse o que lo maten. Mientras, eso sí, habrá visto boato, mucho boato. Efectivamente el dinero se ha quedado con nosotros, y nosotros lo administramos. Aunque sea para endeudarnos hasta las cejas viendo coches y caballos.

V La guinda del pastel

“La educación requiere el máximo esmero, que será sobremanera provechoso; pues es fácil conformar los espíritus aún tiernos, difícilmente se atajan los vicios que han crecido con nosotros.”

Séneca. *Diálogos*.

Otro de los graves, gravísimos, problemas de las autonomías es que se puede dar el caso, se da de hecho, en que un partido político ocupe el poder de la nación, y otro distinto el de una o varias comunidades autónomas. De más está decir que cada uno defenderá los intereses, no de sus gobernados, sino de su partido, y que aprovecharán todo lo aprovechable para desgastar al rival. Hasta las propias instituciones si hace falta.

La necesidad y la estupidez, como se sabe, han llegado a tal grado que unos y otros se han enfrentado por una absurda asignatura que, se dice, no hace falta impartir porque se aprende en casa y en la sociedad: Educación para la ciudadanía. Es posible que sea así. Hasta que uno ve, lee y oye, el comportamiento de los políticos en su lugar de trabajo. Evidentemente no es esa la educación deseable para un alumno. Pues a menudo los políticos se parecen, como una gota de agua a otra gota de agua, a los alumnos de algún curso cuando se quedan solos en un aula. El espectáculo es lamentable. Y dada la edad de los políticos, patético.

Esa desgraciada asignatura, Educación para la ciudadanía, se ha convertido en el arma arrojadiza del partido en la oposición en una determinada taifa. Y para impedir que se imparta, sin saltarse la ley (?), se ha decidido que se dé en inglés. Por supuesto que teniendo en cuenta, muy en cuenta, que los alumnos no van a entender nada, y que no se cuenta con el profesorado adecuado, el que reúna en sí las titulaciones requeridas Así se ha creado un enorme malestar en colegios e institutos. Mientras la taifa mantiene un absurdo pulso con el califato, los alumnos pierden el tiempo miserablemente, y se desgasta el gobierno, que es de lo que se trata.

Más tarde, intentado corregir (?), dadas las protestas, decide la taifa, en estos tiempos de crisis, una solución que ni a Valle-Inclán se le hubiera ocurrido: un profesor explica la asignatura en inglés, y otro traduce lo que dice su compañero al castellano o español. Genial.

Lo más gracioso del asunto es que todavía no ha dimitido nadie, ni han cesado a nadie. Seguramente porque al partido le resulta rentable semejante esperpento. El que los padres no se hayan lanzado todavía a la calle demuestra la importancia que tiene la educación en este país. Efectivamente ya se puede decir, sin sonrojo alguno, que tal como son los gobernantes son los pueblos, o viceversa.

Ahora bien, no se augura nada bueno en un país que utiliza el sistema educativo como arma política y arrojadiza. Es la guinda del pastel de tanta interpretación para no herir a nadie con las cosas del pasado. Lo mejor, para ello, es la ignorancia total. El siguiente paso, y con ello, no lo dudamos, se obtendrán muchos votos, debería ser conceder títulos sin necesidad de saber ni de estudiar. Parece que vamos por el buen camino. Eso sí, tenemos un hecho diferencial: un *conseller* de cultura como no hay otro en el mundo. Y un presidente autonómico que lo aguanta y soporta. Son del mismo partido y tienen los mismos intereses.

Quizás para que la escuela no se convierta en una vergüenza, ya lo es, deberíamos plantearnos muchas cosas, entre ellas la inutilidad de tanto consejero de cultura, que ni es culto ni sabe cumplir con su obligación, que no es la de procurar por su partido por encima de todo. Tampoco sus jefes, que les dan soporte, saben gobernar. ¿Para qué, entonces, tanta autonomía, tanto presidente y vicepresidente? ¿Hasta cuánto tiempo una nación va a mantener a tanta taifa sin más miras que su propio interés? No hay ética ni vergüenza. Por si quedaba alguna duda sólo faltaba verlos comprarse coches y modificarlos, que no tunearlos, como si fueran vehículos de jefes de la mafia. Ya no cabe más corrupción, desvergüenza, ni deshonestidad. Aunque, ya se sabe, todo aquello que el factible de empeorar, empeora. *Usque tandem, Catilina...*

